



COLEGIO SALESIANO
SAGRADO CORAZON DE JESUS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1 de Marzo de 1953

*Queridos
Hermanos:*

Con profundo sentimiento cumplo la dolorosa obligación de comunicaros el fallecimiento del

Rvdo. Don Eduardo Villar Reina

que expiraba casi repentinamente el día 23 del próximo pasado Enero, a la edad de 59 años.

Había nacido el 11 de Octubre de 1903 en Estepa (Sevilla), de cristianísimos padres íntimamente ligados, en razón de su trabajo, con la Iglesia Parroquial.

Trasladada la familia a la Capital, ingresó en las, entonces, florecientes y hoy desaparecidas Escuelas de San Benito de Calatrava; allí se desarrolló en su alma el germen de la vocación sacerdotal y salesiana.

Cursó los años del aspirantado en Cádiz. Comenzó su Noviciado en San José del Valle el 4 de Septiembre de 1922, coronándolo el 13 del mismo mes de 1923 con la profesión religiosa. En esta misma casa de San José del Valle cursaría la Filosofía, haría los votos perpetuos el 2 de Junio de 1929 y terminaría su formación sacerdotal con el estudio de la Sagrada Teología, durante los años de 1929 al 1932, en que fue ordenado sacerdote,

cantando su primera Misa en Sevilla. Durante los cursos de Teología, los Superiores le encomendaron el cargo de asistente de novicios, que desempeñó hasta el año 1933.

Las casas de Astudillo, una breve estancia en el ex Congo Belga como profesor de Teología, Algeciras, Ecija, Montilla, Alcalá de Guadaira, jalonaron su entrega generosa al apostolado salesiano.

Pero había de ser esta Casa de Las Palmas, donde permaneció, en diferentes épocas, 16 años, la que gozara de las primicias de su trienio práctico y la que presenciara la ingente labor desarrollada al frente de la Parroquia, aneja a este Colegio, que los Superiores le confiaron en el año 1953.

Dotado de extraordinarias cualidades, supo darse generosamente donde quiera le colocó la obediencia.

Su apostolado de la palabra fue fecundísimo, acudiendo con el mismo entusiasmo a los púlpitos de más nombradía o a las barriadas más humildes. Se ufanaba santamente de no haber excluido a sus hermanos de esta generosa entrega, pues predicó siempre alguna tanda de Ejercicios Espirituales desde que cantó misa.

Con óptimas aptitudes para el canto y la música bregó incansable en este quehacer tan netamente salesiano.

Fue puntualísimo en sus deberes de religioso y sacerdote.

Destacaba sobremanera la constancia en las obras que emprendía, sin miramientos humanos, ni concesiones al desaliento.

Amante de la vida de comunidad, jamás faltó a sus obligaciones religiosas cuando sus deberes no se lo impedían.

Cultivaba con esmero, preocupándose de las vocaciones, el perpetuar el apostolado salesiano y sacerdotal para el bien de los jóvenes y de las almas.

Su piedad era genuinamente salesiana: simple, profunda, ardiente, ejemplar.

Trabajó incansablemente por extender la devoción a María Auxiliadora y Ella le habrá premiado con creces su esfuerzo y esmero en rodear siempre su fiesta del mayor esplendor.

El que repartió y dio tanto a los pobres nunca se reservó nada para sí: era un ejemplo vivo de pobreza.

Esta y otras muchas admirables cualidades de nuestro querido D. Eduardo destacaron sobremanera cuando los Superiores le entregaron el cuidado de la Parroquia enclavada en nuestro Colegio.

Poco tiempo bastó para que su Parroquia fuera modelo en la ciudad de Las Palmas; para que se granjeara la estima y aprecio de sus superiores eclesiásticos y colegas en el ministerio; para que florecieran, como animadas de nueva vida, todas las asociaciones parroquiales; para que lucieran las sagradas funciones todo el esplendor de la liturgia; y pronto cosechó el fruto que a veces Dios permite recoger a las almas que tan

generosamente siembran.

Su feligresía, en la Ciudad Jardín, enclavada en el corazón de la población, barrio residencial y mimado de la fortuna, tenía como vergonzosa contrapartida, un acinamiento de cuevas y chozas, vulgarmente conocido por el Barranquillo de D. Zoilo. Supo afrontar valientemente este gravísimo problema social y, lo que es más, resolverlo maravillosamente con la ayuda de los que tenían. A quienes Dios había dado todo, supo ganarles el corazón para enseñarles sus ineludibles obligaciones de cristianos.

Se levantaron casas; llevó el agua y la luz; abrió un comedor parroquial, un consultorio médico, escuelas para niños y niñas; y a Dios, que al principio no tuvo reparos en venir a sus hijos entre los muros de una cuadra, supo también edificarle un templo bajo la advocación de la Auxiliadora.

La transformación moral y material de esa pobre gente, su gran labor social, es reconocida por todos, fuera y dentro del ámbito de su parroquia. Su abnegada paciencia en recoger las limosnas del pudiente con una mano para darla con la otra al pobre, ha tenido como preciadísimo colofón la redención de una generación entera.

Esta entrega total y sin reservas en alas de su predilección, de su amor por los pobres, hizo de nuestro D. Eduardo un verdadero Mártir del trabajo, hasta agotarle prematuramente.

Y trabajando le encontraría la muerte. El día 23 de Enero lo había comenzado como de costumbre a las 4:30 de la mañana. Cuando, después de atender a sus primeros quehaceres habituales, se disponía a llamar a los hermanos asistentes de uno de los dormitorios del internado, sufrió un ataque cardíaco. Trasladado a su cuarto e ingresado urgentemente en una clínica por orden del médico, expiraba plácidamente en brevísimos minutos. Sobre su mesa de trabajo, su breviario señalaba el final de los laudes de la oración sacerdotal de aquel día que el Señor, así lo creo, le tenía destinado no para las fatigas de este mundo, sino para el premio de esa otra hermosísima oración que fue toda su vida.

La noticia se extendió rapidísimamente por toda la Ciudad, pues la prensa y radio locales se hicieron amplio eco de tan irreparable pérdida.

La consternación y dolor de sus feligreses no es para descrito. Todo el día y la noche estuvieron frecuentando nuestra Casa muchísimas personas de todas las clases sociales para orar ante el cadáver del pastor, del padre de sus almas.

Los niños del comedor parroquial no quisieron probar bocado aquel mediodía tan triste para ellos. Era conmovedor verlos llegar en grupo de dos o de tres — no se atrevían solos — y quedar primero como petrificados ante su ataúd, incrédulos, los ojos muy abiertos por el asombro, para caer después de rodillas con lágrimas de verdadero pesar y cariñosamente besar aquella mano que tanto bien les había hecho.

El Excmo. Sr. Obispo acudió presuroso a manifestarnos su condo-

lencia. "Padre, — me dijo tras orar ante el féretro — estoy profundamente afectado. Para Vds. es una gran pérdida, pero para mí es irreparable" "Lo ha sido para todos, como pudimos sobradamente comprobarlo la mañana de su sepelio. No tengo palabras para describiros la entrada de sus restos mortales en nuestra Iglesia parroquial, materialmente abarrotada de fieles, ricos y pobres, unidos todos por un mismo sentimiento de dolor y embargados por una emoción difícilmente contenida.

Asistieron todas nuestras primeras autoridades civiles y militares. En el presbiterio, el Sr. Obispo, párrocos y representaciones de todas las comunidades religiosas; hermanos de las casas de Teror, Guía y de la vecina Isla de Tenerife.

A hombros fue llevado en todo momento; viéndonos precisados a permitir prolongar el itinerario para llevar el féretro a la Iglesia de María Auxiliadora de la llamada ya, por voluntad popular y aprobación del Ayuntamiento, Barriada del P. Eduardo Villar; donde se repitieron escenas más conmovedoras aún y donde una lápida, costeada por esa pobre gente perpetúa el recuerdo y el reconocimiento a tanta caridad y generosos desvelos.

Queridos hermanos. días más tarde oí también de labios del Sr. Obispo estas palabras: — "Indudablemente el P. Eduardo era un alma de una gran vida interior, porque amó habitualmente a los pobres."

El Señor se habrá mostrado muchísimo más generoso en reconocer y premiar sus virtudes que lo que lo hicieron los hombres.

Con todo, os pido una oración fervorosa por su alma.

Rogad también por vuestro afmo.

JOSÉ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
DIRECTOR

Datos para el Necrologio: Sacerdote Eduardo Villar Reina, nacido el 11 de Octubre de 1903 en Estepa (Sevilla). Falleció en Las Palmas de Gran Canaria el 23 de Enero de 1963.